

mienzo y los principios de una salvación intramundana del hombre, en medio de una Creación, preñada ya desde ahora del mundo futuro del Reino de Dios".

El libro se enriquece además con una serie de "excursus" donde de forma técnica expone el autor "los motivos que me han permitido —dice— tomar unas determinadas opciones concretas, tanto en la traducción como en la interpretación de ciertos pasajes".

Al final de todo transcribe una traducción nueva y completa de las Cartas paulinas que pretende —y consigue brillante-

mente— una inteligente literalidad, reflejando "la realidad del original con todas sus luces y todas sus sombras", pero eso sí, usando un lenguaje que tenga "modernidad, exactitud y claridad".

No es partidario González Ruiz de una sustitución a ultranza de palabras técnicas consagradas ya, como "gracia", "ley", "alianza" y otras muchas que están dentro de la tradición cristiana asumida por los creyentes cristianos con naturalidad. Sabe aliar modernidad y terminología consagrada por los años de vivencia cristiana.

En una palabra: por las pági-

nas intelectuales de San Pablo se aprecia siempre a un hombre de carne y hueso que palpita lleno de vida, y González Ruiz sabe transmitir estas vivencias muy acertadamente. Las ideas que el autor ha difundido ampliamente a través de los años reciben un fundamento claro en este libro sobre San Pablo basándose precisamente en su pensamiento.

El universalismo del Evangelio, sea de Pablo, o de los demás evangelistas, se encuentra como catalizador de todo lo humano, después de haber pasado por la crítica investigadora, pero no pretende ni deben pretender sus

seguidores sustituirlo en su flexible vitalidad por una "ideología" evangélica, porque "el Evangelio no es una alternativa política, social, económica ni siquiera moral a los valores de este signo construidos por la Humanidad". El Evangelio es un transfondo, un clima, para poder vivir positiva y críticamente las alternativas humanas que debemos decidir consciente y libremente los hombres en cuanto hombres. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Los sindicatos en España

Una de las misiones del túnel franquista fue la defensa de los intereses de los grupos sociales y económicos que le dieron origen. Fue un Régimen eminentemente clasista desde el principio al fin, e incluso nos podríamos atrever a decir que un poco más, ya que se han buscado las maneras de lograr que en el fondo perdurara. Congruente con su origen y su misión, el franquismo se convirtió en un sistema clasista que puso buen cuidado en que la clase derrotada durante la guerra no se levantara y, además, continuara como clase dominada. A tal fin se usó de dos procedimientos: la represión y el levantamiento de una estructura institucional con el fin de someter al movimiento obrero y, si era posible, también dominarlo. Los sindicatos obreros fueron perseguidos con saña, a la par que se hacían esfuerzos para el levantamiento de la Organización Sindical.

Sin embargo, todos los esfuerzos fueron inútiles, y el "verticalismo" ha sido una de las instituciones del fascismo español que se han venido abajo con mayor rapidez. La causa fue doble. Por un lado, lo falso de su fundamentación ideológica y de su estructura. Pero ha habido otras instituciones franquistas igual de irreales e irracionales que han resistido en pie más tiempo a la muerte del dictador, o que han intentado o logrado adaptarse a la nueva situación. El aparato sindical franquista, y aquí radica lo principal, fue minado por la lucha y organización de los movimientos obreros, que lograron superar todos sus inconvenientes y mantenerse no sólo vivos, sino hasta combativos.

Junto a los viejos movimientos sindicales, UGT y CNT, aparecieron otros, engendrados en la oposición a la dictadura y en la lucha de clases, como USO y Comisiones Obreras, y, ya en el

ADIOS A LAS LETRAS

Iba yo a ver al "punk"

Iba yo a ver al punk Ramoncín y me hallé de bruces con Manuel Fraga Iribarne. No me hallé con Francisco Umbral, que últimamente se halla muy ocupado relejendo las Memorias francólogas de Pedro Sainz Rodríguez. Tampoco estaba con Fraga ese otro punk excelso del pensamiento que es el profesor Aranguren, secuestrado por la UCD por unas horas para hablar de la cosa intelectual y su peso específico en la sociedad acuosa en que vivimos.

Encontrarse a Fraga Iribarne en los actos culturales no es difícil en estos tiempos en los que el líder fraguista —Fraga, lo único importante, es su propio partido— prolifera por todas partes como si Madrid fuera un gigante Hyde Park en el que él hace gimnasia en calzoncillos, rodeado de Elorriagas y de otros jóvenes filósofos que le negaron tres veces cuando él era embajador —sin ascender todavía— y articulista del ABC.

La última vez que Fraga entró y salió de un sitio como una flecha y vestido de punk del futuro —chaqueta cruzada, chaleco, tirantes con la bandera española y ribetes de la británica— fue de la "bolte" Emmanuelle, de Madrid. El líder fraguista, como yo y como otros burgueses encorbatados, iba a ver al punk.

Pero se arrepintió. Siempre les pasa a estos hombres. Cuando están cerca del poder desdeñan la música. No soportan el desgarrar. Ramoncín es "too much" —demasiado, tradúcirlo Máximo—. Fraga no soporta al punk del mismo modo que Churchill desfundaba cada vez que los Beatles llegaban al ámbito del humo de su cigarro.

Garicano Gohí, que fue ministro de la Gobernación con Franco y que ahora conserva una sonrisa alarmada con la que va a los sitios excéntricos, aguantó un poco más. Él va al arte por el arte, me dijo, al punk porque es punk y a la costa porque así puede bañarse, cuando se lo deja el Club Siglo XXI, a cuyas fotografías se halla abo-

La izquierda bien organizada y selectiva no va a actos como el de Ramoncín, aunque se deje entrever, sobre todo para que los camaradas de "La Codorniz" no se enseñen. En la presentación de "La Codorniz" estaban las chaquetas punk de Fraga y Garicano. En la presentación de "La Calle", la nueva revista de César Alonso de los Ríos, estaban los zapatos italianos y el elegante "tweed" inglés de Jesús Aguirre, el nuevo duque de Alba.

Fue un detalle ducal aparecer entre tanto callejero de la política y de la vida, abandonando por un rato la música celestial del Ministerio de Cultura. Fraga no estaba, pero se le aludió. La calle ahora es de todos y no sólo suya, se dijo. Fraga, insiste el personal, tiene vocación de calleteriente.

Lo que él quiere en realidad es ser un punk. Pero eso tiene un precio y hay que estudiar mucho. Ya él se ha arremangado la camisa y se ha puesto a trabajar. ■ SILVESTRE CODAC (Foto: RAMON RODRIGUEZ.)



Fraga, con Pérez Llorca, en el Congreso, con ocasión de uno de los últimos plenos.